

Aristides Medina Rubio  
*Universidad Central de Venezuela*

La historia es la memoria colectiva de una sociedad cualquiera, a partir de la cual los hombres tratan de comprender y de explicar el pasado en todas sus dimensiones y expresiones, descubriendo sus constantes —espacios de leyes sociales— y proponiendo líneas para el desarrollo ulterior de esos mismos hombres. Ya quedó muy atrás el tiempo de la historia episódica, la que sólo quería conservar la memoria de los grandes hombres, la que pretendió esconder, detrás de una desmedida valoración de sus héroes, los procesos sociales, y la que pretendió desmerecer e ignorar, por cotidianos y repetitivos, los hechos vinculados a las masas anónimas. Quedó igualmente sepultada la historia cuya memoria sólo aspiraba a una erudita descripción de los hechos y de los fenómenos, descarnada de cualquier intento de comprensión y explicación en beneficio de los hombres mismos. Hoy, la ciencia de la historia se ha desembarazado de toda tentativa de *reproducción* del pasado, porque sabe que en el mejor de los casos, sólo podría reproducir la ideología de los dominadores; por eso ahora busca la *comprensión* y *explicación* del “devenir de los hombres en el tiempo”, planteando lo que se pudiera llamar la necesidad de la historia y agregando a ésta un papel mucho más significativo en el concierto de las ciencias del hombre.

Sin embargo, para llegar a esta proposición prospectiva la ciencia histórica hubo de engarzarse estrechamente con las otras ciencias del hombre, y agregar al criterio temporal que siempre manejó —el pasado y ese pasado mientras más remoto más histórico— una nueva magnitud en donde el tiempo histórico, sin perder su carga de pasado y asociándose cada vez más con la noción de espacio, debe dar cabida a lo presente, vinculando sus interpretaciones con el porvenir de los hombres. Este presente tiene en la historia un sentido muy preciso; quiere evitar cualquier intento de convertirla en una sociología, una economía o en otra

ciencia social. Ese presente se relaciona con la utilidad de la historia: ¿para qué serviría esta ciencia, si su comprensión y explicación no ayudan al hombre que cada vez es actual?

Cuando, por otra parte, reivindicamos para la ciencia de la historia el derecho de poseer una ventana desde la cual se pueda escrutar el futuro del hombre, no es que pretendamos convertirla en una ciencia al servicio de la *futurología*, sino por la carga nomotética que puedan extraer las ciencias sociales en general y la propia ciencia histórica en particular, de la reconstrucción y valoración diacrónica que la historia hace de los hechos y de los fenómenos del pasado. Por lo demás, en esta carga nomotética descansa en buena medida la defensa que se puede hacer de la historia como ciencia, pues son sus registros —los de la historia— los únicos que podrían permitir la predicción —aun relativa— en el desarrollo social, y como se sabe, sin predicción no hay ciencia.

### *¿Puede existir una historia regional?*

La historia es la historia de los hombres, y estos concretados históricamente en las sociedades —planetaria o mundial, continental, supranacional, nacional, regional y local— establecen vínculos imperecederos con el espacio donde se desarrollan sus actividades. Son estos vínculos, con expresiones coherentes y particulares en cada una de las escalas en que las quisiera observar el historiador, los que producen la identidad local, regional, nacional o más, de los hombres objeto de la historia. Por todo lo anterior, decimos que la historia es la memoria colectiva de los hombres, enmarcada siempre entre las magnitudes de un tiempo y un espacio definidos. Y así entendida, la reconstrucción e interpretación con la que los hombres pretendemos comprender y explicarnos los hechos y los fenómenos del pasado, puede entonces expresarse en muchas escalas —desde la microhistoria o historia parroquial, hasta la historia mundial o universal— siendo todas ellas absolutamente válidas. Y, sin querer desmerecer ninguna de aquellas prácticas, expresadas ya en historia nacional o historia mundial, queremos hacer ahora algunas consideraciones en torno a la llamada historia regional.

En primer lugar, historia regional no puede confundirse con historia local, aun cuando ambas mantengan una estrecha relación. Mientras esta última se agota en las localidades y quizá en las parroquias —de ahí que también se hable de historia parroquial— la primera aspira a superar los límites y criterios de una comarca, llegando incluso a veces a rebasar los propios límites de un país. Desde el punto de vista del espacio, la región suele asociarse a criterios muy disímiles, pues por

igual se contrae a un pequeño valle fluvial, que bien se podría atrapar en una carta a escala de 1:50, o a una extensa llanura que configuraría lo que Dollfus denomina una provincia geográfica, y aun a dominios espaciales y humanos mayores. Entendemos, sí, que el criterio espacial de región sobre el que queremos asentar la noción de región histórica, es un criterio subnacional. Igualmente es necesario recordar que la práctica profesional alrededor de la historia local y regional quiere explicaciones globales y coherentes, donde se combinen en dialéctica articulación todos los análisis sectoriales a que hubiera lugar; por lo tanto es frecuente ver a la historia local rebasar sus propios objetivos y convertirse prontamente en historia regional. Con lo anterior no se ha pretendido desvirtuar a la historia local, descarnándola de cualquier intento de totalización, sino enmarcarla dentro de sus propios límites, es decir, localidades y parroquias.

Aunque muchas son las razones que se podrían aducir en defensa de la historia regional, solamente nos referiremos a las que se relacionan con sus motivaciones, y con sus posibilidades como alternativa válida en la reconstrucción e interpretación histórica.

Una primera motivación podría encontrarse en el estimulante reconocimiento que le vienen haciendo las ciencias sociales sistemáticas, particularmente la de los geógrafos, sociólogos, economistas y antropólogos, a una de las nutrientes de la historia regional, al reclamar de la ciencia histórica, y para llegar a una mejor apreciación de los fenómenos nacionales, el conocimiento de la vida cotidiana de “muchos de esos átomos que son las microsociedades”. No importa cuán discutible y temeraria pueda parecer la anterior presunción, lo cierto es que ha provocado la vuelta hacia una historia de tono menor que, al descender un poco de la monumentalidad de los fenómenos universales y nacionales, quiere reencontrarse con lo que se recoge en ámbitos temporales y espaciales más pequeños. Y es que el reclamo no es gratuito, sino que se relaciona estrechamente con una de las necesidades más perentorias que aquellas ciencias acusan, particularmente referidas a sus compromisos con las tareas inherentes a la planificación del desarrollo social, que debería partir de una justa y objetiva apreciación histórica de las porciones espaciales y humanas que se proponen estudiar.

En otro sentido, la historia local, parroquial o microhistoria, constituye una motivación indudable para llegar al conocimiento, al cultivo y al uso de las historias mayores. Ya lo ha dibujado claramente ese maestro americano de la microhistoria, Luis González y González, cuando en su discurso de incorporación a la Academia Mexicana de la Historia, le reconoce a la microhistoria “la virtud de ser un buen aperi-

tivo para las criaturas que padecen de inapetencia histórica monumental". Y es que el afecto por la llamada patria chica, el que busca mantener la vinculación de los hombres con sus raíces, es verdaderamente un camino seguro para aprender a amar y comprender el pasado. El cultivo de esta historia anticuaria y menuda se convierte en una nueva motivación para la historia subnacional y aun la nacional.

Por último, las fuentes, con toda su carga de aparente inexpresión, son otro camino de motivaciones para la historia local y la historia regional porque, si bien la historia nacional y la de más allá de lo nacional tienen múltiples y organizadas huellas para el docto ejercicio del historiador, la historia menuda y cotidiana de las localidades, comarcas y regiones tiene sus "papeles de familia, registros parroquiales, libros de notarios, crónicas de viajes, censos, informes de autoridades locales, periódicos, tradiciones orales" y otros discretos pero valiosos testimonios del ayer. Y en mucho, el historiador local y el historiador regional deben avanzar orientados por la luz de sus particulares fuentes, que se convierten así no sólo en un motivo para la historia local y para la historia regional, sino en una alternativa de primera importancia en la reconstrucción histórica de aquel modesto aliento.

El desarrollo contemporáneo de las ciencias sociales ha posibilitado la organización de una compleja trama de instituciones y corporaciones, que al localizar, recuperar y catalogar fuentes de información, han propiciado un notable desarrollo de todas las disciplinas que estudian al hombre. Pero ese desarrollo a su vez ha producido, al menos en nuestro país, una especie de metropolitanismo de las ciencias, que entonces deben mantenerse con frecuencia en torno a los centros urbanos de primer orden, en donde se han ido concentrando institucional y corporativamente, fuentes, teoría y práctica en los diferentes ejercicios profesionales, dejando en cierto modo de lado, en el olvido, la posibilidad regional, provincial y local de acometer investigaciones de cierta magnitud. Es aquí donde las fuentes regionales y locales adquieren una singular significación para la reconstrucción histórica. Circunscritas a cortas temporalidades y, mejor aún, al reseñar sucesos, fenómenos y procesos que no exceden los límites espaciales de una localidad, una comarca o una región, son el soporte indispensable de una comprensión y una explicación que no quiere llevar sus vuelos más allá de aquellos límites. De manera que las fuentes circunscritas a la historia regional, no son sólo un motivo que conduce a esa novedosa práctica sino que también se constituyen en una alternativa provechosa para la práctica profesional del historiador.

Una segunda alternativa que puede señalarse en relación con las

posibilidades reales de esa práctica que se viene denominando historia regional, tiene que ver con el polémico y discutido concepto de región. Tan difundido en las ciencias sociales, particularmente en la geografía y en la economía, no es precisamente una noción inequívoca, aunque con frecuencia se dice que el concepto es ambiguo. La inicial ambigüedad del concepto se ve incrementada cuando observamos que su condición sustantiva se califica con criterios como los de región natural, región geográfica, región homogénea o región histórica, para hablar sólo de algunas de ellas.

La noción de región, con un contenido teórico y sistemático, comenzó a desarrollarse en la coyuntura de los siglos XIX y XX, con los trabajos de Vidal de la Blache y sus seguidores, aun cuando desde muy antiguo se habló de región, particularmente natural. Durante los últimos treinta o cuarenta años, a las originales concepciones vidalianas de espacio e historia humana, se han venido adicionando problemas de desarrollo económico o de subdesarrollo, de conformación de polos, de dominio del espacio por los capitales, de conformación de identidades locales, regionales y nacionales, hasta convertir a la categoría región en el campo donde deben debatirse no sólo concepciones geográficas, sino hasta concepciones globales de las ciencias sociales. Para algunos geógrafos la categoría región es incapaz de atrapar las realidades totales a las que quieren llegar, y para otros, apenas es una abstracción que sólo sirve a los intereses de expansión de las grandes empresas.

Sin embargo, independientemente de la agria polémica que pudieran sostener seguidores y detractores de la escuela vidaliana de región, como la llama Yves Lacoste, las localidades y las regiones existen para los historiadores, como también existen las comarcas y los espacios nacionales y supranacionales. Precisamente en esos espacios —las localidades, las comarcas y las regiones— es donde el historiador local y el regional deben buscar los fundamentos de su trabajo profesional, porque como dice Dollfus “la región histórica nace de un dilatado pasado vivido en común por una colectividad que ocupa un territorio, ya que por varias generaciones los hombres se han guiado por las mismas reglas, han experimentado las mismas vicisitudes históricas. . . , y de ahí el nacimiento de unas costumbres y, a veces, de una voluntad de vivir colectiva que da su identidad al grupo de personas que viven en dicho territorio”. Así, el discutido criterio de región se constituye en un nuevo acicate para el historiador que lo quiere ser de las localidades, las comarcas y las regiones.

Al lado de las fuentes —orientadoras del camino y salvadoras de las identidades locales y regionales— y de un convencional acuerdo con

relación a lo que es región histórica, una nueva proposición debe consolidar todavía las posibilidades reales de la historia regional. La historia de hoy, la que no se contenta con meras reconstrucciones sino que aspira a explicaciones y usos, tiene el intransferible compromiso de descubrir totalidades coherentemente combinadas. No en vano las ciencias sociales desde el último tercio del siglo pasado —vale decir desde su nacimiento— se han debatido en una interminable lucha por su unidad, sin menoscabo de una vigorosa marcha hacia las especializaciones. Igualmente, en las ciencias sociales ocurre un particular fenómeno: el constante préstamo e intercambio de procesos técnicos entre ellas, lo que contribuye a mantenerlas en una estrecha cooperación. Todo ello tiene su génesis en el objeto común de todas las ciencias sociales, el hombre mismo, que es una totalidad cuyas realidades sólo es posible dividir y separar en los procesos de abstracción.

Por ello, cuando se trata de estudiar un fenómeno humano, histórico-social, no importa desde cuál ángulo pretenda operar el científico, deben concurrir todas las ciencias sociales. Ahora bien, ¿qué nivel (escala) de la realidad espacial y temporal del hombre puede ofrecer mejores perspectivas y posibilidades para atrapar totalidades conexas, que las localidades, comarcas y regiones? Por último, hay todavía otro razonamiento en defensa de la historia regional y que, como el anterior, tiene que ver con el problema de la unidad y la pluralidad de las ciencias sociales.

La investigación sistemática que desarrollan las diferentes ciencias sociales les ha venido planteando, cada vez más, la necesidad de cooperación e intercambio entre ellas. Han surgido así las investigaciones multidisciplinarias e interdisciplinarias, que tienen ya más de dos decenios ofreciendo extraordinarios resultados. Las primeras constituyen una suerte de agregado de ciencias sociales en las que cada una de éstas, sin perder su propio perfil, ofrece su perspectiva metodológica y sus aplicaciones para luego proceder a una síntesis. Distintas son las investigaciones interdisciplinarias, porque en éstas cada una de las disciplinas sociales debe proceder con una proposición metodológica común, y el intercambio entre ellas, y aún entre los propios participantes en la investigación, debe ser muchísimo más estrecho. Mediante las prácticas inter y multidisciplinarias hay una nueva instancia en la cual la escala regional vuelve a ofrecer una perspectiva promisoras. En estudios históricos locales y regionales —y ya hay experiencias de ellos en Venezuela— las posibilidades de integración son prácticamente ilimitadas.

Para terminar estas consideraciones relativas a las motivaciones y

alternativas de la historia regional en Venezuela, no podemos dejar de hacer referencias a las proposiciones que desde los nuevos postulados y programas de la Escuela Básica, vienen haciendo las autoridades educativas del país, al reclamar de los historiadores y de los organismos y corporaciones que los agrupan, los trabajos de valoración e interpretación histórica de alcance local y regional, que sin abandonar su interés y vinculación con lo nacional, continental y mundial, sin embargo contribuyeron a una mejor comprensión de las realidades concretas donde se desenvuelve la vida cotidiana de los hombres.

### *Fuentes e historia regional*

Las fuentes constituyen la materia prima del historiador. Sin caer en la exageración positivista y neopositivista de creer que las fuentes por sí solas explican los problemas que debe abordar el historiador, sabemos que en ellas están inertes todos los datos necesarios para encontrar la coherencia, y con ella el camino para la explicación y la comprensión de los fenómenos. Historia sin fuentes, parece una fábula o un mito y, en el mejor de los casos, un sublime ejercicio de creación, pero nunca historia. En sentido contrario, pretender ir en busca del pasado para pretenderlo y explicarlo, sin la asistencia de fuentes, no es otra cosa que hacer metahistoria o cualquier otro ejercicio imaginativo y por cierto que así lo han hecho muchos creyendo que de ese modo cultivaban una ciencia humana. Suponer que los documentos y las fuentes en general constituyen la esencia de los hechos históricos, y, en consecuencia, emprender una interminable carrera por su recuperación y publicación, es quedarse en la puerta anterior, en el umbral de la ciencia de la historia.

Dado que se pueden considerar fuentes históricas a un amplio espectro, que incluye a todo testimonio, documento “u objeto que sin haber sufrido ninguna reelaboración, sirva para transmitir un conocimiento parcial o total de los hechos pasados”, se les suele clasificar en fuentes escritas (documentos, prensa, memorias, correspondencia, literatura, etc.), iconografías (gráficas y obras plásticas), testimonios orales (grabados o no) y fuentes varias. Esta limitada clasificación de las fuentes históricas permite percibir que tienen un comportamiento particular, según sea su naturaleza: entre nosotros, por ejemplo, la prensa es una fuente histórica cuyas posibilidades reconstructivas se agotan a principios del siglo XIX, época en que apareció el primer periódico venezolano; por otra parte, la estadística oficial no va más allá de fines del siglo XIX, pues en Venezuela éstas empezaron después de 1870.

Desde el punto de vista de las operaciones que debe cumplir el historiador con sus fuentes, son bien conocidas todas las precauciones que desde hace ya mucho tiempo señaló Wilhem Bauer en relación con la heurística, la crítica externa y la crítica interna a que deben ser sometidas, entendiéndose, claro está, que las funciones de organización, limpieza y preparación de las fuentes que debe cumplir el historiador, dependen mucho de su naturaleza.

El historiador local y el historiador regional deben estar adiestrados en el uso de cualquier tipo de fuentes, pues su tarea con seguridad lo va a enfrentar por igual con documentación histórica de archivo, con prensa, correspondencia privada, mapas, planos, obras de arte, testimonios orales y hasta con objetos y piezas de la vida cotidiana, que le ilustrarán sobre los fenómenos que deba estudiar. En ese sentido, vamos a referirnos a algunos aspectos de las principales fuentes a las que se debe aproximar el historiador regional y el historiador local.

Las fuentes escritas para el conocimiento histórico, suelen estar en la hemeroteca, las bibliotecas y los archivos. En cuanto a las primeras, nuestro país acusa una severa deficiencia, por no hablar de ausencia total, pues sólo existen en todo el territorio nacional tres hemerotecas, que pueden considerarse tales, con el agravante —o con la fortuna— de encontrarse todas ellas en Caracas. No ignoramos que en algunas bibliotecas de la provincia, sean éstas públicas o privadas, suelen existir importantes, grandes y pequeñas colecciones de publicaciones periódicas nacionales y locales, pero su acceso continúa siendo casi imposible y su aprovechamiento más que discreto. Por otra parte, apenas se inicia entre nosotros la importante tarea de recuperación de ejemplares y colecciones hemerográficas locales y regionales que tan buenos frutos ofrecen al historiador de localidades, comarcas y regiones, de modo tal que por ahora y quién sabe por cuánto tiempo, habrá que contentarse con lo que pueda existir en las hemerotecas Nacional, de la Academia Nacional de la Historia, y las que existen en escondidas bibliotecas provincianas y aun en manos de cuidadosos o aprovechados anticuarios.

La prensa es una fuente histórica de primerísima importancia, no sólo por lo que intrínsecamente significa, sino porque bajo esa denominación debe incluirse un amplísimo conjunto de publicaciones periódicas, que se constituyen en el asiento más accesible de numerosas y variadas opiniones sobre problemas contemporáneos a la prensa misma, y aun sobre problemas anteriores a su tiempo. Las limitaciones más importantes que se podrían señalar a la prensa como fuente histórica, se refieren a su vulnerabilidad frente a los procesos de apreciación "objetiva" que tratan de hacer las técnicas de investigación, y a su relativa ju-

ventud. Entre nosotros al menos, ya hemos dicho que la contemporaneidad de la prensa no penetra más allá de comienzos del siglo XIX y excepcionalmente, si se admitiese a la *Gaceta de Trinidad* como el primer periódico venezolano, esa contemporaneidad retrospectiva podría avanzar hasta fines del XVIII. Esto significa que los fenómenos y procesos reseñados por la prensa venezolana como hechos de su tiempo, se agotan relativamente temprano. Desde luego, si bien la prensa se constituye normalmente en fuente de documentación sobre los hechos de su tiempo también puede dar cabida —y así ocurre con frecuencia a reseñas, memorias, polémicas y juicios sobre fenómenos anteriores, pero, en este caso, la prensa deja de ser, al menos para los historiadores, una fuente primaria. Más relevante que toda esta consideración sobre la relativa juventud es, sin embargo, la que se refiere a las delicadas formas en que suele utilizarse a la prensa como fuente de documentación. En este sentido, la prensa no sólo lo es de los hechos —que puede recoger parcial o totalmente, veraz o interesadamente— sino que lo es también de eso que suele denominarse opinión pública; la prensa puede ser conscientemente la expresión de los partidos políticos, grupos de opinión o de presión, contribuyendo con todo ello a configurarse una condición que parece inherente a la prensa en todas sus latitudes: su heterogeneidad y, en consecuencia, su vulnerabilidad como fuente histórica. Por ello, con las fuentes hemerográficas el historiador debe proceder con suma prudencia, no porque esté obligado a cuidar una supuesta o falsa objetividad, sino porque tergiversaciones, opiniones interesadas y otros sesgos, pudieran introducir igualmente distorsiones en su labor de reconstrucción y explicación.

Los periódicos y demás publicaciones locales y provinciales, que en términos genéricos suelen denominarse prensa regional, constituyen un importante soporte para la investigación histórica de aquella escala. En Venezuela apenas están comenzando los trabajos de recuperación, catalogación y hasta de publicación de estas fuentes, pero no dudamos de sus futuros servicios. La prensa local y regional recoge y reseña con frecuencia aquellos hechos y fenómenos, que por su brevedad, poca monta, e intrascendencia, no ocupan las páginas de la prensa nacional. Los periódicos locales y regionales se vinculan con frecuencia con la vida cotidiana de los pueblos y de sus personajes, transmitiendo así la mejor y más cercana visión de los pequeños fenómenos de la vida pueblerina y provinciana, en versiones que nunca o casi nunca podría recoger la prensa nacional. Y precisamente allí, en esos modestos semanarios y quincenarios, en esas revistas de pomposo nombre, de las cua-

les a veces no salen sino uno o dos números, es donde el historiador regional debe buscar el pulso de su historia.

No debe el historiador local ni el historiador regional despreciar ni la más elemental prueba de la actividad de los hombres por diminuta que parezca.

En lo que se refiere a bibliotecas, la situación mejora notablemente, pues no sólo existe ya un número considerable de carácter universitario, sino que la red nacional de bibliotecas, creada en 1978, ha establecido una estrecha vinculación entre ellas. Desde luego que, cuando admitimos una sustancial mejora en el sistema y en las posibilidades del sistema bibliotecario del país, lo hacemos porque entendemos lo que las bibliotecas significan como lugar de asiento de las más variadas fuentes de información para todos los campos del conocimiento. No ignoramos que, en cuanto a bibliotecas especializadas en fuentes históricas, el país también acusa serias deficiencias, pues apenas la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, la discretísima del Archivo General de la Nación, la Biblioteca Arcaya y la de la Fundación Boulton, son las únicas que entre nosotros se podrían considerar especializadas. Desde luego que bibliotecas como la del Banco Central de Venezuela, la Central de la Universidad Central de Venezuela y otras, contienen valiosísimos fondos de interés para la historia, pero no pueden considerarse especializadas, lo que configura una lamentable situación en lo que a fuentes bibliográficas especializadas se refiere. Y esta circunstancia no deja de ser importante, pues, si bien las fuentes primarias son básicas en la reconstrucción histórica, porque constituyen el mejor sustento en la búsqueda de originalidad, las fuentes secundarias y terciarias —cuyo lugar de reposo es normalmente una biblioteca— son también fuentes obligadas para los historiadores. Cualquier investigación comienza por una aguda e intencionada localización de fuentes bibliográficas, de ahí la importancia de las bibliotecas.

El historiador regional y local tiene en las fuentes secundarias (monografías, ensayos, tesis) y en las fuentes terciarias (enciclopedias, diccionarios, atlas) un importante nutriente de su trabajo. Esas fuentes —consultadas antes, después o simultáneamente con las fuentes primarias— ayudarán con garantía al investigador en esa monumental tarea de escudriñar en la historia sectorial (económica, política, social) y sobre todo en la de encontrar, descubrir y explicar la combinación y la coherencia con los que esos distintos factores se expresan en los procesos histórico-sociales que son objeto de su estudio.

Al entrar a considerar los archivos venezolanos, tenemos que comenzar diciendo que la situación mejora francamente. Posiblemente

por el hecho mismo de que los archivos históricos son repositorios de fuentes para el uso casi exclusivo y preferente de los historiadores, las posibilidades que éstos ofrecen se nos presentan mucho mejores y como casi ilimitadas.

La documentación histórica de archivo continúa siendo la variedad más importante de las fuentes que puede utilizar el historiador. Suponen un trabajo previo de limpieza, restauración si fuere necesario, organización y opcionalmente de catalogación, operaciones que no siempre se cumplen por los organismos destinados para ello, lo que suele agregar una meticulosa labor al historiador.

Los archivos venezolanos nacieron con la organización jurídico-administrativa de la Colonia. De acuerdo a la legislación de Indias y con las pautas organizativas que la iglesia hispánica admitía, los papeles de valor histórico, político, social, religioso, etc., debían depositarse en las Eseribanías Públicas, y en los Despachos Eclesiásticos, que en Venezuela, surgieron desde los comienzos del proceso colonizador.

Los papeles que correspondían a los Despachos Eclesiásticos han permanecido en aquellas dependencias sin otras modificaciones que las que impuso en el pasado la natural expansión de la iglesia diocesana, y las que ha impuesto nuevamente la reciente preocupación de la iglesia episcopal venezolana por sus papeles históricos. Pero los papeles correspondientes a las Eseribanías Públicas tuvieron durante el siglo XIX una accidentada vida, que en un momento dado incluso los llevó hasta su fusión con los fondos de la Biblioteca Nacional (1833) y posteriormente a su separación en dos ramos (1836-38), que se denominaron Papeles de Registro Público y Archivo Nacional. Fue sólo a partir de 1877, cuando Guzmán le otorgó base jurídica al Archivo Nacional, que los antiguos papeles de archivo, ya en el Archivo Nacional —después Archivo General de la Nación— o ya en el Archivo del Registro Público, que había sido creado desde 1836. Hoy, los papeles históricos venezolanos de interés más general, se consiguen en cuatro archivos fundamentales que serían el Archivo General de la Nación, el Archivo del Concejo Municipal de Caracas, el Archivo del Registro Público de la Propiedad del Distrito Federal y el Archivo Arquidiocesano de Caracas, a los que se deberán agregar el Archivo del Congreso Nacional, el de la Universidad Central y los Archivos de los Ministerios, pero todos ellos con fondos mucho más recientes, y, si se quiere, menos generales.

Al lado de estos archivos que pudiéramos llamar centrales, en cuanto que su documentación se refiere a todo el ámbito temporal y espacial venezolano, hay otros diseminados en todo el territorio nacio-

nal, que, sin menosprecio de los archivos generales, constituyen la célula básica para los cultivadores de la historia local y regional. Son los archivos que se suelen denominar igualmente locales y regionales, y cuyo listado incluye archivos públicos —estatales, distritales, municipales— eclesiástico —obispaes metropolitanos o parroquiales— y los archivos privados. En cuanto a los primeros, se sabe que en cada entidad federal funciona un Registro Público Principal de la Propiedad, e igualmente un Archivo Oficial del Estado. También existe en cada uno de los distritos que conforman la respectiva entidad federal, un Archivo del Registro Público subalterno de la propiedad y un archivo que conserva los papeles que corresponden a las cuestiones municipales, que, en muchísimos casos, es un importante repositorio de obligada consulta.

Existen todavía a nivel de las alcaldías y juntas comunales, algunos archivos dignos de consideración. En general, éstos han sido poco utilizados hasta ahora.

Los archivos eclesiásticos son considerados desde el punto de vista corporativo como archivos privados. Dada su importancia queremos referirnos a ellos separadamente. En cada obispado se conserva un archivo con todo lo de interés en su diócesis y cada una de las parroquias debe igualmente conservar su archivo, lo que ha producido los importantísimos archivos parroquiales. Es de recordar que, a nivel de las diócesis, existen tres archivos, el de la Curia, el del Cabildo Metropolitano y el Secreto del Obispo, llamado también archivo secreto, y, si bien este último se conserva infranqueable para los investigadores, no ocurre así con los dos primeros, que ya se sabe, son un invalorable tesoro para la investigación histórica. En general, estos archivos eclesiásticos —obispaes, de curias, catedralicios y parroquiales— encierran un verdadero venero de noticias. Por una parte, es conocido el cuidado y celo con el que la iglesia siempre manejó y maneja sus asuntos, y, por otra, sólo en tiempos muy recientes han comenzado a ser explotados por los investigadores, lo que les otorga un carácter verdaderamente original a sus fondos. El investigador de historia regional y local tiene en los archivos eclesiásticos un apoyo invalorable que no puede ignorar.

Por último, los archivos privados constituyen el mejor afluente para la investigación de historia regional y local. Entre ellos los hay de partidos políticos, asociaciones, grupos económicos y en general de corporaciones, así como también los hay individuales. Estos últimos, con frecuencia no son otra cosa que una desuniforme masa de papeles viejos, que sus propietarios han conservado más por interés personal vinculado a fortunas perdidas o conservadas, o a algún venerable antepasado que por cualquier otra circunstancia.

Por ello casi siempre sus propietarios tratan de mantenerlos en un ámbito tan privado que su acceso y aprovechamiento resulta de ordinario muy difícil.

Los archivos privados pueden conservar completísimas colecciones de legajos, expedientes y otros papeles, de naturaleza financiera o política, o de cualquier otro aspecto. Pueden también ser discretísimos papeles personales, cuyas consideraciones no trascienden del ámbito de las familias que los han producido, pero en ambos casos tienen el mayor interés para los historiadores locales y regionales. Conviene destacar que en el ámbito de los archivos privados sobresalen los que se conservan de antiguas firmas y fondos mercantiles y las de propietarios de hatos, plantaciones y haciendas, que todavía esperan una concienzuda labor por parte de los historiadores.

En Venezuela se sabe de honorables familias que conservan los archivos de sus antepasados. Igualmente se conocen archivos de antiguas firmas comerciales, alguna de las cuales lo ha puesto a disposición de los investigadores. Pero todavía no existe entre nosotros una verdadera disposición para franquear estos archivos privados, de ponerlos a disposición de los historiadores que quieren buscar en ellos algunas vías para las explicaciones y comprensiones de fenómenos globales. Es inimaginable la contribución que los papeles de antiguos propietarios de hatos, haciendas y comercios, pudieran ofrecer a la investigación histórica en general, y particularmente a la de vocación local y regional, por lo que la búsqueda de éstos debe ser una labor infatigable para quienes investigan en esa escala.

Aparte de las fuentes bibliográficas, hemerográficas y documentales, el historiador local y regional puede contar y debe acudir de hecho a otra amplia variedad de fuentes, en la que se incluye la literatura, la plástica, la fotografía y, desde luego, los testimonios orales. Estos últimos, sometiéndolos a todos los cuidados y precauciones que han sugerido Eugenia Meyer y sus seguidores, pueden propiciar verdaderas investigaciones, y, en ese sentido, a nadie escapa que los acontecimientos locales y provinciales generalmente se detienen en la anécdota y en el recuerdo del personaje pueblerino, del cronista local, y es allí precisamente donde estos testimonios orales alcanzan su verdadera magnitud. Los testigos presenciales y testimoniales y los conservadores y transmisores de tradiciones son un constituyente preferencial de los historiadores locales y regionales.

La investigación histórica a escala regional y local, como cualquier otra práctica profesional en el ejercicio de la ciencia de la historia, debe efectuarse según las orientaciones del método histórico, el cual opera a su vez con las pautas generales del método científico, incluyendo desde luego las particularidades técnicas y procedimientos que impone su cultivo. Podría decirse de manera más precisa y con Tuñón de Lara, que el método histórico es el conjunto de operaciones intelectuales de ordenación y evaluación de la materia prima de la historia (las fuentes), para aplicar unas técnicas que permitan conocer los objetos históricos cuyo estudio ha sido propuesto conforme a algunos supuestos e hipótesis.

El método histórico como camino que aspira a descubrir una verdad referida a hechos peculiares —los hechos sociohistóricos— tienen también su peculiaridad. La búsqueda de leyes científicas sobre acontecimientos, procesos y fenómenos cuya característica más incuestionable es la *irrepetibilidad*, no tendría éxito si no se realiza con un método capaz de atrapar totalidades y cuya única restricción es la de no poder extender la validez de sus leyes más allá de los límites espaciales y temporales previamente definidos. Cuestiones como la producción y la reproducción de la vida y para la vida y todas sus complejas consecuencias (clases sociales, desarrollo social, propiedad, trabajo, etc.), las relaciones entre la estructura económica de la sociedad y el conjunto superestructural, así como su determinación, y la causalidad última del movimiento histórico, son particularidades de los fenómenos y procesos históricos que pueden ser atendidos únicamente con un método construido con una completa trama de nociones y categorías, que permitan atrapar esas totalidades. Por ello se entiende que la proposición metodológica implica mucho más que decisiones técnicas y de procedimiento, puesto que estas últimas prácticamente pueden servir a cualquier método.

Así entendido, la noción del método histórico no puede asimilarse a la noción de técnicas históricas. Si bien estas últimas equivalen a procedimientos definidos con arreglo a los principios del método, se agotan en la obtención de los resultados inmediatos que en cada caso se hubiesen propuesto. Esta aclaratoria no sobra, porque es muy frecuente que el uso cuidadoso y de excelentes resultados con algunas técnicas conduzca al investigador por caminos inútiles e intrascendentes, desvirtuando los verdaderos objetivos de la ciencia de la historia.

En el orden metodológico, que en la ciencia de la historia —repetimos— tiene una estrecha relación con los objetivos de la ciencia en

cuestión, es también muy importante dejar claro los propósitos que verdaderamente animan a la llamada historia regional y local. En primer lugar, la investigación regional que se propugna desde esta posición metodológica no se asocia a la idea de definir regiones en función de los propósitos expansionistas o colonizadores —implícitos o expresos— que puedan animar a los grandes centros metropolitanos de poder, o a los grandes consorcios económicos; la investigación regional que desarrolla la ciencia histórica es con el propósito de encontrar los fundamentos que puedan explicar y permitan comprender el pasado en función de las identidades y realidades regionales y locales, para desde ellas emprender el camino para explicaciones más generales. Si bien entre geógrafos, economistas y planificadores parece explicable la crisis conceptual que surge cuando se percibe que la región lo es, en la medida que lo deciden factores extraños y externos a la región misma, para los historiadores el problema está precisamente en encontrar los substratos del comportamiento anterior, tanto de lo endógeno como de lo exógeno, y sobre todo del resultado, de la simbiosis de esos dos factores, para de allí derivar líneas de desarrollo ulterior. Quizá mientras para las demás ciencias sociales la región es como una abstracción metodológica, la cual habría que admitir previamente, para desde ella avanzar en la investigación, para la historia la región es un producto, es una realidad concreta que hay que describir, explicar y comprender en su comportamiento global anterior.

También desde el punto de vista metodológico existe el riesgo de asimilar la historia de las parroquias y de las localidades —la microhistoria— al cultivo de una práctica apologética que registra un importante desarrollo en los Estados Unidos, como es la historia empresarial. En realidad, no se pretende desvalorizar a la historia empresarial que buenos frutos también ha dado en nuestras latitudes, sino desvincularla de una práctica que creemos más globalizadora, más trascendente como es la microhistoria. Con ella también se puede llegar a explicaciones de fenómenos humanos que es difícil vincular con estructuras mayores, pero que explican con una gran propiedad el pulso local.

Volviendo al problema de la vocación global que destaca en los estudios históricos regionales, conviene recordar que estos estudios se vinculan con las orientaciones hacia nuevos campos de interés que generaron los maestros franceses de los *Annales*, cuando llamaron la atención sobre los estudios históricos de estructura, de coyuntura y regionales. Estos últimos pudieron encontrar un importante aliado en el interés que, a partir de los años intermedios de la segunda postguerra, demostraron algunas ciencias sociales, como la economía y la sociología,

por los estudios regionales como un fundamento necesario para la planificación. Fue así como los estudios históricos regionales, cuyas raíces más remotas pudieran encontrarse en los trabajos de Vidal de la Blache, tomaron nuevos bríos, hasta alcanzar con Braudel y Labrousse los mejores horizontes, integrando en un todo abigarrado los estudios de territorio, con los grupos humanos y sus actividades y consecuencias, es decir, la interrelación de las estructuras geográficas, económicas, sociales, políticas y hasta mentales, en un conjunto combinado y cuyo carácter debé describir el historiador regional.

A pesar de la acerva crítica que particularmente desde la ciencia geográfica se avanza sobre la categoría región y de la desconfianza que inspiran algunos nuevos historiadores hacia la tradición francesa de análisis histórico regional, estos estudios ofrecen una promisoriosa perspectiva metodológica e investigativa en los países donde todavía predomina una interpretación histórica que ignora su verdadero pasado, y que con frecuencia lo substituye con valoraciones extrañas a sus propias realidades.

Un último problema es el de las particularidades de la región histórica, cuya realidad y concreción es condición *sine qua non* en cualquier propósito investigativo de esta naturaleza.

La primera noción que habrá de tenerse presente es que la región histórica es un producto, y, a diferencia de lo que ocurre con cualquier otra posibilidad de conocimiento regional, en ese producto puede haber coherencia junto con homogeneidad, rasgos que son precisamente parte de lo que debe descubrir el investigador. Como quiera que la región histórica es un producto, explicará también el asentamiento de los núcleos básicos que se hubiesen desarrollado como resultado de los procesos humanos que ocurrieron en la región, pero el investigador deberá buscarlos, inducirlos o inferirlos si fuese necesario. Precisar esos núcleos y sus modos y explicar su asentamiento es abrir el camino para las otras particularidades que el historiador regional está obligado a descubrir y a describir: los límites de la región y sus criterios conceptuales, el sistema o los sistemas (o subsistemas) internos de cohesión regional y en general el espacio humano, con todo lo cual se establece coherencia y homogeneidad que son los rasgos básicos de la región histórica. Así, para el historiador la región es una totalidad en la que se refleja el comportamiento de múltiples factores, todos los cuales deben ser abordados para poder llegar a una explicación global.

Al entrar a considerar cuáles serían los aspectos o tópicos que deben ser atendidos y estudiados por el historiador regional, y local, se percibe con mayor claridad la vocación globalizadora de aquellas prácti-

cas profesionales. Debe el historiador regional comenzar por una aproximación a las actividades que el hombre ha desarrollado durante una escala temporal definida, para lograr así la primera aproximación al espacio de su región. En esa aproximación se precisarán los cambios que ha acusado la región en función de las actividades económicas desarrolladas por el hombre, y se obtendrá un primer perfil global.

Un segundo tópico a considerar por el historiador regional y local se refiere a los aspectos demográficos, los cuales pueden ser abordados como estudios de estados y de dinámica de la población. En el primer caso, el investigador deberá seleccionar o elegir momentos significativos a lo largo de todo el ámbito temporal de su tema y en cada uno de ellos estudiará el crecimiento, las migraciones y el comportamiento general de la población. En conjunto, se examinarán variables como total de habitantes, densidades de población, distribución geográfica en microregiones, comarcas y localidades así como en áreas urbanas y rurales, si fuese necesario; distribución de la población por actividades, edad, sexo, educación, estructuras familiares y cualesquiera otras variables a que hubiere lugar. Es indispensable el estudio del movimiento natural de la población, que obligará a la confrontación de dos fenómenos básicos del comportamiento demográfico: la natalidad y la mortalidad. Por último los desplazamientos y los aportes migratorios insignificantes o masivos— que permitirán una lúcida apreciación de las características demográficas, porque se expresan con mayor precisión en la escala de localidades, comarcas y regiones, sobre todo en los países subdesarrollados.

Las actividades económicas han de constituirse en una problemática muy importante para quien realiza estudios de historia regional. Para llegar a un contexto global del aspecto económico a escala regional es necesario examinar concienzudamente los fenómenos relativos a los recursos naturales, la fuerza de trabajo, las técnicas y tecnología —que podrían estudiarse también en un capítulo aparte del análisis económico— y los capitales. Igualmente debe aproximarse a un examen exhaustivo del comportamiento de los sectores de la producción y cerrar con el estudio del comercio y de todas las formas y expresiones de la circulación.

Las estructuras sociales, producto del desarrollo y de la combinación dialéctica de los factores económicos y los demográficos, deberán dar lugar a estudios de clases sociales, sectores de clases, grupos de presión y de otras manifestaciones de la organización social a escala regional o local.

Las estructuras institucionales —estado, leyes, corporaciones pro-

vinciales, distritales y municipales, escuela y educación, cultura y ciencia— tienen que ser abordadas por el historiador local y regional. Aun las expresiones más subjetivas, aquellas que pudieran llamarse estructuras mentales —¿idiosincrasia?— tienen que convertirse en un objeto y en un tema de averiguación en la búsqueda de las explicaciones globales a que aspira el historiador.

Del examen detallado de las actividades económicas surgirán definiciones muy significativas, particularmente las referidas a los flujos de intercambios internos y externos, que contribuirán a dibujar con la mayor precisión los verdaderos límites de la región. Las estructuras geográficas, considerando a éstas desde las condiciones físicas y naturales hasta las más humanizadas no deben ser olvidadas. Las apreciaciones y valoraciones de las razones geológicas, edafológicas, de fitografía y otras, podrían ser el comienzo, para avanzar luego hacia la definición del paisaje y concluir con los fundamentos de los límites o fronteras de la localidad, comarca o región.

Se comprende fácilmente que, para abordar todos los problemas y tópicos cuyo inventario se ha venido glosando, se requieren algunas condiciones indispensables. En primer lugar, es necesario que existan fuentes y documentación capaces de sostener una acometida de tal naturaleza. Igualmente se requieren trabajos monográficos capaces de apoyar toda una serie de prelaciones, dé orden geográfico, demográfico, económico y otros, sobre los que debe avanzar el historiador, y sobre todo se requiere un gran profesionalismo del investigador, quien, además de cumplir cabalmente las tareas que son propias de su oficio, debe, con una honestidad a toda prueba, apoyarse en otros especialistas cuando las tareas le resulten extrañas.

En relación a las tareas que debe realizar el historiador regional y local para culminar con éxito sus investigaciones, conviene recordar que éste ha de estar profesional y técnicamente capacitado para las definiciones y las aplicaciones técnicas que esta práctica plantea. Es necesario un fluido manejo de las técnicas de documentación durante el acopio de fuentes, y de técnicas de selección y análisis de textos en las fases de crítica. Se debe tener cierto adiestramiento para la recuperación y recolección de datos y por supuesto un buen manejo de las técnicas de composición de textos y de preparación de recursos estadísticos y gráficos, así como en el manejo de las técnicas propias de la erudición. Dejamos fuera de este lugar cualquier planteamiento relativo al manejo de técnicos en función de modas o preciosismos inútiles.

Tras haber intentado la formulación de un cuerpo teórico y metodológico de historia regional, capaz de ser aplicado en cualquier investigación de historia regional o local, nos atrevemos a sugerir ahora un modelo de pasos técnicos —uno más entre varios que se pudieran ofrecer— de cómo podría conducirse una investigación de aquella naturaleza.

Una vez que se ha decidido cuál será la localidad o región que se desea estudiar —decisión en la que actúan todos los mecanismos y alternativas de selección de tema o problema— se debe proceder a un **arqueo inicial de fuentes**. Este arqueo está lejos de ser el inventario de fuentes, pues sólo se requiere para una primera aproximación al problema, y para ofrecer al investigador una vinculación inicial con las fuentes y otros medios de documentación relativos a la localidad o región de estudio. Como se apreciará más adelante, esta aproximación que cumple el investigador durante el arqueo inicial de fuentes, será indispensable para la definición del espacio y del tiempo, que deberá ser su siguiente decisión.

El primer gran problema que debe enfrentar el investigador es el de la definición preliminar de sus límites espaciales y temporales. Esa tarea exige el cumplimiento de una profesional tarea de acercamiento a las fuentes, en donde se ilustre prolijamente de las posibilidades investigativas de que dispone su propósito, cumpliendo así una función estrictamente de documentación. Para definir el espacio preliminarmente podría partir de una selección de azar, intuitiva o típica. En cualquier caso, se entiende que esta decisión que toma el investigador, de pronunciarse por una determinada localidad, comarca o región no está totalmente desasistida de criterio, pues muchas debieron ser las consideraciones que hizo antes de tomar la decisión. El decidirse por una localidad o región requiere una cuidada confrontación de posibilidades, y todo eso a su vez exigió un mínimo de documentación e información científica que debió manejar el investigador alrededor de las varias alternativas que fueron confrontadas.

La definición de los términos temporales en los que se habrán de encuadrar los límites de la investigación, también constituyen un problema que debe enfrentar y resolver el investigador. Deberá decidir hasta cuándo penetrará retrospectivamente en el análisis de sus procesos y fenómenos y hasta qué magnitud de contemporaneidad suya la traerá. En investigaciones locales y regionales se puede comenzar con lo más antiguo de los periodos propiamente históricos, dejando la protohistoria y la prehistoria como un piso —hecho o por hacer— y adelan-

tarlas hasta lo más contemporáneo que resulte posible. En sentido contrario, podría comenzarse en esa misma contemporaneidad, y penetrar de manera retrospectiva, precisamente hasta las bases históricas.

Las definiciones preliminares de espacio y tiempo que ha decidido el investigador las debe formular en el entendido de que contribuyen a no permitir una lamentable dispersión del investigador, que sin esos límites preliminares de espacio y tiempo, podría dispendiar tiempo en una interminable tarea de gambusino.

En la etapa de recopilación de datos es muy importante que el investigador tenga siempre presente los límites que estableció a su tema, con el fin de no dejarse conducir inconscientemente en una larga, exterior e inútil recuperación de datos que de nada servirán a su investigación. Siempre dentro de los alcances propuestos se deben tomar todos los datos posibles, no despreciando así ni las más mínimas e insignificantes referencias. En la historia regional y local los croquis, planos, levantamientos topográficos y mapas tienen una extraordinaria significación. Si los datos cuantitativos constituyen un universo de consideración, deben recogerse en cédulas especiales que el investigador diseña de acuerdo a la naturaleza, organización y complejidad de aquellos datos.

El trabajo cumplido durante la fase de recopilación de datos tiene también un significado externo a su valor intrínseco, y es que permite definir, ahora con alcances de mayor precisión, los límites espaciales y temporales del problema que se investiga. No se trata de invalidar la etapa anterior de arqueología y evaluación de fuentes, sino de reconocer que cuando el investigador vuelca todo su esfuerzo sobre éstas, obtendrá una visión mucho más precisa de las posibilidades que verdaderamente ofrecen las fuentes de información, y esto precisamente le permitirá ajustar hasta aquellos límites, sus propósitos investigativos, así como igualmente le orienta para un primer ajuste en el esquema inicial. Entiéndase, pues, que en historia regional y en historia local más que en cualquier otra práctica profesional de los historiadores, la fase de recopilación no sólo pone al historiador en posesión de sus datos —cuantitativos y cualitativos, seriados o no seriados, gráficos o de cualquier otra naturaleza— sino que posibilita los ajustes necesarios al esquema y a los límites del trabajo.

Cuando el investigador ha concluido la fase de recopilación y ha realizado los ajustes necesarios en sus hipótesis y planteamientos, debe proceder al procesamiento de los datos. El procesamiento incluye varias fases o momentos. Una vez ordenados y clasificados los datos se procede a la preparación de cuadros y tablas, matrices, series, curvas, gráfi-

cas, mapas, resúmenes y otros recursos que constituirán parte de la investigación misma en la mayoría de los casos o por lo menos serán elementos de apoyo. Desde luego que la preparación de estos recursos requiere un depurado uso de las técnicas específicas en cada caso, pero el producto resultante demostrará la excelencia de la investigación y el profesionalismo del investigador.

El último paso que debe cumplir el investigador —ya en cualquier tipo de investigación histórica— se refiere a la presentación escrita de los resultados de su labor de investigación. Para ello deberá hacer un ajuste final al esquema de investigación —que ya ha acusado un primer ajuste al concluir la fase de recopilación y que se le convierte así en lo que corrientemente suele denominarse plan de obra. Este plan o esquema final puede presentarse como una estructura cronológica, como una estructura lógica y sistemática o combinando las dos posibilidades, es decir, considerando cronología, diacronía, grandes problemas y articulación de esos grandes problemas. En general la historia regional admite con más éxito la forma combinada.

En la presentación escrita de los resultados de la investigación, se tendrá presente que el discurso histórico profesional se ajusta perfectamente a la llamada estructura monográfica, y aunque se puede recurrir al ensayo, es preferible un trabajo donde estén separadas las partes constitutivas del trabajo —introducción, textos o cuerpo del trabajo, conclusiones, fuentes y anexos— y sobre todo, profesionalmente demostrado el uso oportuno y prolijo del aparato erudito.

Para concluir es bueno recordar que a pesar de la ordenada sucesión de pasos que aquí se ha sugerido, en la realidad el historiador opera la mayoría de las veces, cumpliendo varias de aquellas tareas de manera simultánea, es decir, que al mismo tiempo que avanza en crítica de las fuentes, o en la preparación de tablas matrices o gráficas, también puede estar copiando nuevas fuentes —regresando al comienzo— o redactando resúmenes o subcapítulos de su discurso final.